Aviso legal

Artículo: Actualidad de Mariátegui: reflexiones sobre un modelo indigenista posmoderno

Autor: Matesanz, José Antonio

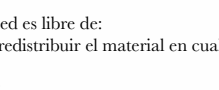
Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 6, año VIII, núm. 48 (noviembre-diciembre de 1994), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Matesanz, J. A. (1994). Actualidad de Mariátegui: reflexiones sobre un modelo indigenista posmoderno. *Cuadernos Americanos, 6*(48), 53-58. https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/

D.R. © 1994 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México, México.
https://cialc.unam.mx/
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México.Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

ACTUALIDAD DE MARIÁTEGUI: REFLEXIONES SOBRE UN MODELO INDIGENISTA POSMODERNO

Por *José Antonio* MATESANZ
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

ES COSA SABIDA Y ACEPTADA —por lo menos por mí— que en cuestión de historia de las ideas, la labor del historiador no se limita a exponer y analizar el devenir, los cambios y las permanencias de las proposiciones hechas en el pasado por los grandes o pequeños pensadores que han dejado huella en el mundo, ni se limita tampoco a puntualizar los modos en que han influido entre sí. Labor legítima y necesaria del historiador es, también, determinar los modos y grados en que las ideas permanecen vivas y actuantes en nuestro momento, tomarlas como pretexto y punto de partida para iluminar el presente; en suma, puntualizar la actualidad que puedan tener. Nuestra labor no tiene por qué limitarse a una arqueología del saber, a una historia que satisfaga solamente la curiosidad humana por saber qué pasó, cómo pasó, y por qué y para qué pasó, por muy legítima que sea esa curiosidad; tiene también que arriesgarse a especificar su relevancia para el presente, a riesgo, gustosamente asumido, de que nos acusen de estar haciendo política en vez de historia.

¿Cuál es la actualidad de Mariátegui? ¿Qué nos queda hoy de su pensamiento que podamos considerar en nuestros días válido y actuante, vivo, y capaz de ofrecer, por lo menos, luces a los críticos días de fin de siglo que corren? Plantear esta pregunta implica en buena medida, una vez más, preguntarnos por la actualidad del marxismo, y también por la del indigenismo. ¿Es cierto que, como suele repetirse con tanto júbilo en ciertos círculos, el marxismo como forma de conocimiento de la realidad ha seguido el trágico destino de eso que, por no llamar a las cosas con su nombre —es decir, con el nombre de la caída de la Unión Soviética o el fin del imperio ruso—, suele llamarse falsamente "el fracaso del socialismo

real''? Ya se ha señalado bastante, en efecto, y por no mencionar sino un solo aspecto de la cuestión, que llamar ''socialismo real'' a lo que había en la Unión Soviética no pasa de ser un sarcasmo de muy malas intenciones.

Pero no nos metamos en demasiadas honduras, nada más las suficientes. Y sea suficiente advertir, por lo pronto y de entrada, que el hecho histórico de que el imperio soviético haya reventado —''enjambrado'', podría decir, siguiendo una tendencia a utilizar analogías entomológicas de origen maeterlinckiano— en unas veinte naciones de las que no sospechábamos ni el nombre, este hecho no debería, en primer lugar, haber asombrado a nadie que conociera siquiera medianamente la historia del mundo, que está llena de estas disoluciones de imperios a todo lo largo y a todo lo ancho de los tiempos; y que son suficientes, en todo caso, para satisfacer cualquier prurito comparativo: recordemos, para no ir más lejos y porque nos toca muy de cerca, la disolución misma del imperio español, con todos los conflictos que implicó, de la cual nosotros somos fruto; y más cerca en el tiempo, la disolución del imperio austro-húngaro, del inglés, del francés, etc. En segundo lugar, y más importante, aun suponiendo que el fracaso del sistema político soviético y la disolución del imperio ruso impliquen realmente que el socialismo ha comprobado su imposibilidad de concretarse en la realidad histórica misma, eso no resta un ápice de legitimidad al marxismo como forma de conocimiento, como disciplina y modelo válidos, aunque limitados, para aprehender la realidad en términos intelectuales. Es posible que ahora que el ''malvado imperio de Oriente'' no se encuentra ya ahí para colorearlo todo con el miedo a ser devorados por él, tengan, tanto el marxismo como forma de conocimiento y el socialismo, ahora sí ''real'', sus buenas oportunidades de lograr la concreción que puede corresponderles.

El pensamiento de Mariátegui representó en su momento una novedad radical en el escenario intelectual peruano y latinoamericano, al fundir, en un complejo modelo, concreto, crítico, histórico, de extraordinaria riqueza en todos los sentidos, al pensamiento marxista —que en aquellos años era considerado por muchos como la vanguardia intelectual del mundo— con las tradiciones más antiguas del Perú, encarnadas en la mayoría india de su población, aunadas con las pervivencias de las estructuras socioeconómicas y las costumbres de arraigo previo a la conquista española. El marxismo de Mariátegui resultó un marxismo indigenista.

Por medio de una apretada y pasional crítica de la historia peruana, enfocada desde distintos ángulos —la posesión de la tierra,

el papel de la literatura, la superposición de culturas y de épocas históricas frustradas en su fructificación cultural y nacional, el problema del indio, de la educación, de la religión, etc.—, Mariátegui mostró los límites de la construcción nacional peruana, y propuso una solución radicalmente diferente a las ensayadas hasta entonces: propuso un socialismo fundado en las pervivencias del mundo indígena, que por lo menos por lo que a población se refería era el mayoritario. Él no pudo, como le hubiera gustado, hacer la revolución, llevar a la práctica concreta su propuesta de fusión de lo más nuevo con lo más antiguo. Lo que sí logró, en cambio, fue dar una explicación lúcida y coherente de las fallas estructurales de la nación peruana, que hoy vemos estallando por todas partes, y logró también imaginar y conceptualizar una solución.

Ahora bien, lo que a mi juicio le da actualidad al pensamiento de Mariátegui es precisamente su intento de fundir lo más nuevo con lo más viejo. ¿Por qué no intentar hacer hoy lo que él hizo en su momento? ¿Por qué no proponer para nuestro tiempo, como él propuso para el suyo, la fusión de la vanguardia más novedosa con las tradiciones más antiguas? Pienso que no resulta estéril crear un modelo a la manera braudeliana, que ligase historia con política, y utopía con ideología; que fuese susceptible de ser echado a navegar, y puesto a prueba, por las aguas del tiempo, tanto las del pasado como las del futuro. Un modelo que estuviera perfectamente ligado a la tradición, tan peculiarmente latinoamericana, que consiste en intentar brincarse a la torera las etapas "normales" por las que han transitado las sociedades europeas y que han sido señaladas por los filósofos de la historia. Un modelo, en fin, que fuese una contribución —¡qué más quisiera yo!—, a ese sueño colectivo que sueña, no mundos mejores —recuérdese que "el sueño de la razón produce monstruos"—, sino siquiera mundos reales.

Supongamos que la vanguardia más vanguardista —en estos días en que se dice que las vanguardias han dejado de existir—, está constituida, ya no por el marxismo, ni tampoco por ese socialismo "real" que no pertenecía a ninguna realidad, sino por un pensamiento ecléctico (gran tradición latinoamericana la del eclecticismo). Una vanguardia que esté constituida por un socialismo con rostro humano —llamémosle sin rubor "humanista"—, que hay que crear entre todos ahora que las tradiciones estalinistas han revelado su inanidad en todos los sentidos, y ahora que el capitalismo salvaje, léase neoliberalismo, ha revelado su verdadero rostro depredador, exclusivista y antihumano.

Socialismo humanista, pues, pero ya no "moderno" —etapa que se nos escapó para siempre y que mejor haremos en tratar de saltárnosla, en vez de meterla con calzador en nuestra vida—, sino "posmoderna". Me es claro que el nombre provoca sarna a muchos estetas del lenguaje que encuentran el nombre feo, poco descriptivo e inexacto. A reserva de que encontremos uno más apropiado para la nueva era —todavía me resisto, ante una asamblea tan distinguida y tan seria, a llamarle a la nueva era "acuariana" u "holística"—, propongo que por lo pronto nos quedemos con la denominación de posmoderna. Por lo menos es aséptica, y por lo menos también indica que ya no estamos en la era moderna, que ésta quedó atrás.

La era moderna, esa que va *grosso modo* del siglo XV al nuestro, se caracteriza por ser la de las novedades —"moderno" ha querido decir hasta nuestros días "nuevo"—, y por ser la era de las revoluciones. Hoy, pareciera ser —dije pareciera ser—, que ya no hay revolución posible, que todas se han hecho ya, a menos que recojamos la sugerente opinión de Carlos Fuentes de que la rebelión chiapaneca es la primera revolución posmoderna. Por medio de esas revoluciones la era moderna pudo cuajar una serie de logros que en sí mismos pueden ser positivos, pero que postulados aisladamente como absolutos y únicos —y lo han sido—, se revelaron como perversos y antihumanos: el individualismo, el racionalismo, la libertad de conciencia, el predominio —como solía decir José Gaos— de las cosas "de tejas abajo" sobre las cosas "de tejas arriba", o en otros términos, el olvido y la "muerte de Dios", el antropocentrismo, el aniquilamiento de toda autoridad, la separación de la religión y la ciencia, la técnica al servicio de una concepción violadora y explotadora de la naturaleza, el capitalismo, primero comercial, luego industrial, luego financiero, el predominio de los valores burgueses de la vida, la conquista de los pueblos que se dejen, el imperialismo, la universalización de los valores de Occidente, el liberalismo, el neoliberalismo, etcétera.

Y hoy, de regreso de tantas ilusiones, desengañada de tan múltiples y fascinadores fantasmas, y asqueada de los resultados terribles de postular alguna sola de las dimensiones humanas como única y absoluta, la era que está naciendo, la posmoderna —sin querer renunciar, por supuesto, a lo que considera su legítima herencia moderna, todos sus logros y todas sus conquistas técnicas— empieza a ponderar que por encima y por debajo de todo ese conjunto de características "modernas", "nuevas", pervivió y pervive una serie de valores nada nuevos. Son valores tradicionales que tercamente

se resistieron durante siglos a morir y a dejarse liquidar, y que hoy levantan una vez más la cabeza para advertir que ahí están, que exigen su lugar bajo el sol. Creo yo que no pretenden, ni mucho menos, la liquidación de los logros de la modernidad, cualesquiera que éstos sean, pero demandan el ser tenidos en cuenta, aunque sólo sea como contrapeso y equilibrio, y advierten que su puesta en juego en lugar destacado resulta inexcusable, no solamente por la vitalidad de que gozan, sino por la conciencia de que nuestro mundo, sin ellos, posiblemente no sea capaz de sobrevivir.

Es aquí, en efecto, donde de pronto ciertos valores tradicionales, encarnados y propugnados por los pueblos indígenas de América —México, Guatemala, Perú, Bolivia, etc.— se adelantan hacia el proscenio de nuestro mundo; aquí es donde la peculiar operación intelectual de Mariátegui adquiere una actualidad descarnada y urgente: los valores tradicionales indígenas tienen vigencia y se dan la mano con el mundo posmoderno. Esto es así, entre otras razones, porque se revelan como valores de la supervivencia, y también porque están peculiarmente adecuados a corregir ciertos excesos y vicios de la modernidad.

Ahora bien, ¿cuáles son esos valores? Por principio de cuentas, ¿qué es lo que en definitiva pueden enseñar las comunidades indígenas al mundo moderno? Citaré unos cuantos a manera de ejemplo.

Primero: el sentido de pertenencia comunitaria, de arraigo en un conjunto de valores culturales encarnados y expresados en una sociedad que protege y da sentido de identidad a quienes la forman. Este sentido puede corregir los excesos y el horror de un individualismo aislante y deshumanizador.

Segundo: el sentido de relación del indígena con la naturaleza, a la que ve como madre providente y amorosa, en la cual procura integrarse suavemente, sin destrozarla. En nuestros días, se hace cada vez más evidente que si no cambiamos nuestra relación con la naturaleza, la supervivencia misma del hombre como especie estará en peligro. El más avanzado sentido ecologista posmoderno se da la mano con naturalidad con la respetuosa actitud del indio ante la madre tierra.

Tercero: en su trato social, el indio ha desarrollado un espléndido sentido igualitario, y formas de asegurarse que nadie logre acumular poder y riqueza que le permitan explotar a otros hombres. No sería mala idea nombrar mayordomos de las fiestas nacionales, o de la beneficencia pública, a los veinticuatro multimillonarios mexicanos señalados por la revista *Forbes*.

Cuarto: el indio ha preservado una visión sagrada, misteriosa, del mundo, que lo lleva a verlo como la encarnación de Dios mismo. La escisión espiritual del hombre moderno, que lo ha alejado de lo sagrado y le impide ser racional y religioso a la vez, puede zanjarse con esa visión.

Las llamadas de atención de ese mundo tradicional se han hecho cada vez más urgentes y apremiantes. No es sólo cuestión de hacerles justicia y darles lo que les corresponde y lo que exigen: también es cuestión de aprender de ellos, de intercambiar con sus culturas sabias y antiguas valores que resultan imprescindibles hoy por hoy.

Desde el mirador espléndido de su obra pionera, generosa y visionaria, Mariátegui nos insta a ocuparnos de nuestro presente, escuchando las voces de un pasado irrenunciable, y a poner en práctica sus consejos: nos va en ello no sólo la riqueza de nuestra cultura, que no tiene por qué renunciar a ninguna de sus facetas; nos va en ello, sobre todo, la vida misma.